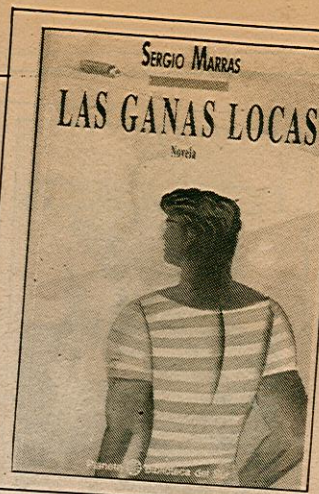


Cárcel sin salida



Sergio Marras, *Las ganas locas*. Editorial Planeta, Biblioteca del Sur. Santiago, 1990, 200 páginas.

—¿Sigue sospechando Jorge Edwards que es un intelectual de izquierda?

—(Ríe) ¡Está buena esa! No sospecho sino que pienso que hoy las categorías de izquierda o derecha están anticuadas y son malas para definir las posiciones de una persona. Usted puede descubrir por ejemplo que me he puesto bastante conservador en mis ideas sobre economía de mercado, y a lo mejor mis ideas sobre el divorcio y el aborto son de izquierda todavía. Uno es de izquierda en algunas cosas y de derecha en otras.

—¿Cómo cree que va a ser recibido en estos círculos de intelectuales de izquierda su imagen de Neruda? ¿No cree que el maniqueísmo puede seguir jugándole malas pasadas?

—El mundo ha cambiado. Cuando publiqué *Persona non grata* era prohibido pensar así. Creo que la gente está aburrida del mito de Neruda, está cansada, y no provoca un verdadero acercamiento a su lectura. Pienso que este libro, porque es irreverente y es iconoclasta, puede producir un interés real por otra lectura de Neruda. Y bueno, algunos tomatazos me van a llegar (ríe).

—Hemos hablado de lo que era Neruda para Ud. pero no me ha dicho qué era Ud. para Neruda.

—No sé como me percibía Neruda... Muchas veces tuve la impresión de haber postergado demasiado el comienzo de mi trabajo literario en serio para dedicarme a participar y a divertirme y a estar en el mundo de Neruda. El, indudablemente, me percibía como una persona muy literaria, con la que se podía hablar mucho de poesía, con la que se divertía hablando, hablando de todo, pero posiblemente él no me miraba exactamente como un escritor, porque cuando estaba vivo yo era un escritor ocasional, de fines de semana, casi secreto. Creo que me convertí en escritor cuando rompí con ciertas cosas en el mundo. Por un lado la idolatría o la religión de la izquierda y el mundo de Neruda.

—¿Tan fuerte fue la presencia nerudiana en su vida?

—Sí. Y hay dos libros de ruptura que señalan mi posición de escritor independiente y autónomo. Uno, es *Persona non grata*, y el otro es éste libro.

—Para terminar ¿Cómo se llamaba el amor de Neruda?

—Es un amor secreto (ríe), pero él no le puso nombre en su poesía.

—¿Le hizo poemas?

—Me imagino que algún poema del final alude a ella, pero a lo mejor hay poemas inéditos por ese lado, y podría tenerlos ella. ■

Las ganas locas no pretende ni por un momento ser un testimonio de la prisión política en Chile. Si alguien quiere encontrar ecos de esta naturaleza, ellos están pero en una zona bastante alejada de la contingencia y sin embargo muy arraigada en la historia reciente de todos nosotros.

Camilo Marks

Es 1987 y Vicente Morandi, un licenciado en Filosofía y ex revolucionario purga una indefinida sanción en una extraña y nebulosa cárcel chilena. Su falta consiste en haber insultado, a pocos metros de distancia, al entonces Jefe de Estado. Por ello, debe sufrir el tratamiento dispensado a los presos políticos, interminables interrogatorios y un proceso inacabable en una invisible fiscalía militar. Comparten la prisión con él muchos reos de los que sabemos algunos datos fundamentales, pero solamente tres ocuparán nuestra atención hasta el final de la novela.

El más inquietante de todos es Porcile (cuyo nombre en italiano significa *Chiquero*), un colaborador de los servicios de seguridad del régimen militar que no puede ser antipático, pues posee muchos rasgos en común con Morandi, el protagonista. Es inteligente, ávido de conocimientos y, a diferencia del último, sus objetivos en la vida son muy claros.

Los otros vecinos y amigos inmediatos de cárcel con Cisternas, un camionero obsesionado por una mujer, reo de un delito común y Manzur, descendiente en segunda generación de inmigrantes árabes.

Pese a encontrarse a la sombra por un delito económico, está paranoicamente convencido de que existe en su contra una persecución política debido a que conoce la identidad de miembros de la policía secreta.

Las ganas locas de Sergio Marras es el entramado de estas vidas bajo el común denominador de encontrarse, cada uno a su modo, en una sociedad sin proyectos y en un mundo donde la cárcel pasa a ser una metáfora, no por obvia menos punzante, del mundo actual.

Prisión imaginaria

Como en todas las cárceles, los presos organizan su vida para divertirse y pasar el rato, pero **Las ganas locas** no pretende ni por un momento ser un testimonio o el reflejo de la vivencia de la prisión política en Chile. Si hemos de buscar ecos de esta naturaleza, ellos están en una zona bastante alejada de la contingencia, pero muy arraigada en la imaginación y en la historia reciente de todos nosotros.

Así, el lector experimentado encontrará indudables reflejos de las obras de Sartre, Camus y Beauvoir que Marras ha asimilado muy bien. El extraño clima carcelario intemporal recuerda a esa sobresaliente novela francesa que fue el último producto existencialista de la década del 60: **La compasión divina** de Jean Cau.

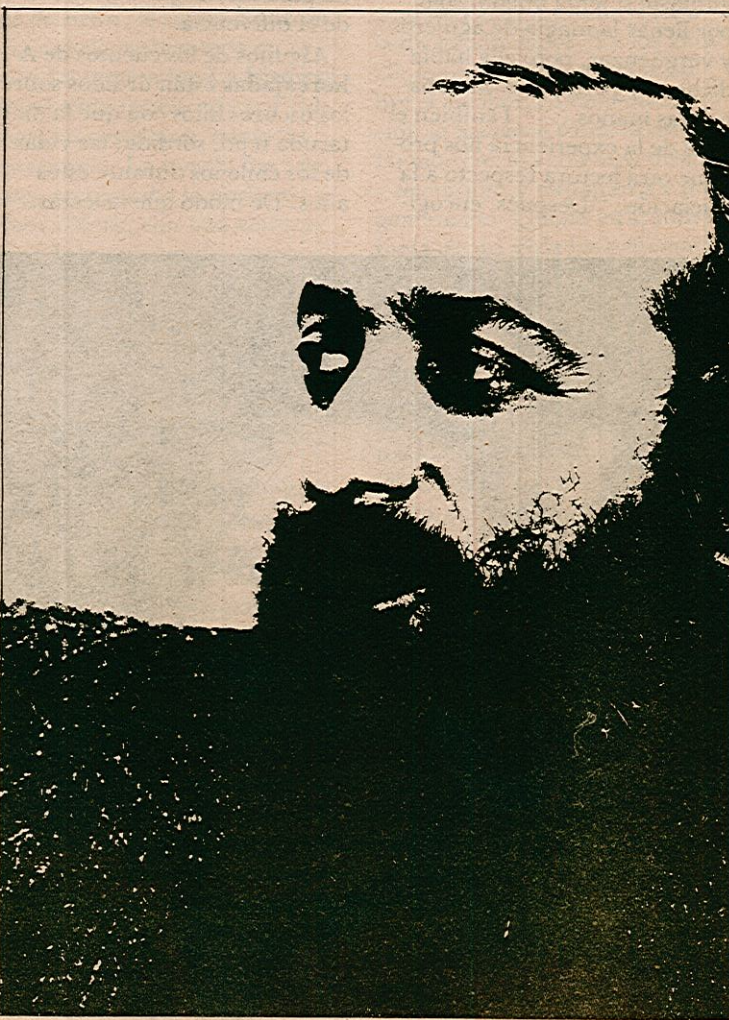
Y el lector común y corriente hallará entretención y diversión en una novela sorprendente-

mente bien escrita que, además de turbadoras repercusiones, entrega nuevos y en parte inéditos registros a la prosa nacional.

Los presos de Marras no parecen, por ejemplo, excesivamente descontentos de su prisión que, en algunos aspectos y sobre todo en comparación con el resto de las cárceles nacionales, parecen un alojamiento y un modo de vida bastante satisfactorios. La ciudad que se extiende más allá de las rejas es tan fantasmal como la misma cárcel y un vistazo al *excéntrico* barrio de la Estación Mapocho, en las cercanías, o al norte y sur del país, donde fueron apresados Porcile y Cisternas, no hace sino subrayar la condición irreal y suspendida en que se encuentran todos. Cualquier lector, naturalmente, se preguntará, desasosegado, si este recinto con celadores presos y presos casi libres es o no cárcel.

Presidio real

Indudablemente es una cárcel y la ambigüedad de esta realidad carcelaria es la ambivalencia de un trozo definitivo de la vida nacional. No cabe duda de que la experiencia vivida por el autor junto a Marcelo Contreras, ambos directores de *Apsi*, a raíz del proceso y la prisión que sufrieron por la publicación de la separata humorística que representaba al General Pinochet con distintos ropajes históricos y en diversas metamorfosis, es una idea central en la génesis de **Las ganas locas**.



CARLA MOLLER

El famoso informe sico-político de la Central Nacional de Informaciones que les atribuyó carácter de asesinos mentales y que tomó tanto tiempo en elaborarse, demorando su libertad, esta vez adecuado a la historia narrada, ocupa su propio lugar en la novela.

Pero lo verdaderamente original de **Las ganas locas** reside en el hecho de tratarse de una novela que se sostiene sin ningún componente político, donde la política es un telón de fondo necesario pero no indispensable, *pese a ser* una novela política. Las vidas y hechos de protagonistas, gendarmes, — sobre todo el notable Saurio Lagarto Caimán — y personajes adyacentes están excelentemente trazadas en un estilo vigoroso, seguro e ingenioso (y, por suerte, no excesivamente ingenioso).

Todos ellos saben que están, en gran medida, en un país sin salida. Sus biografías, que incluyen estupendas pinceladas sobre la emigración árabe o italianas o pasajes de la vida pobre y marginal de ciertos *ghettos* familiares, son prolongaciones de la cárcel hacia el vasto país en que nos ha tocado vivir. La escritura de Marras en esta novela, hay que decirlo, está positivamente muy lejos de **Macías** y **Fotopoemas** y no solamente porque está escribiendo sobre cosas que conoce e imagina bien. Hay seriedad, oficio y un trabajo de elaboración que se traduce en reales logros estilísticos. Pero lo más importante es que el producto final no exhibe esa arrogancia y autosatisfacción que tantos escritores jóvenes no pueden hoy dejar de mostrar.

Donde decididamente hay caídas es en el infaltable ingrediente sexual de la novela. Es inevitable que un libro sobre presos lo contenga y es opción del escritor el modo en que él se exprese. Marras no incurre en la obscenidad, pero si en lo trivial y vulgar y no puede evitar algunos chocantes desbordes machistas. Esto es raro en un escritor que demuestra sensibilidad y que, en otros aspectos, huye del lugar común como de la peste. Pero estamos frente a una cuestión de gusto y como de todas formas este escritor tiene talento y buen gusto, incluso esos pasajes aparecen redimidos por la simpatía que despiertan los personajes y el humor que atraviesa toda la novela. ■